



Diario

Ana

FRANK

booket

Diario

Ana
FRANK

Tras la invasión de Holanda, los Frank, comerciantes judíos alemanes emigrados a Ámsterdam en 1933, se ocultaron de la Gestapo en una buhardilla anexa al edificio donde el padre de Ana tenía sus oficinas. Eran ocho personas y permanecieron recluidas desde junio de 1942 hasta agosto de 1944, fecha en que fueron detenidas y enviadas a campos de concentración. En ese lugar y en las más precarias condiciones, Ana, con el estilo de una niña de trece años, escribió su estremecedor diario: un testimonio único en su género sobre el horror y la barbarie nazi, así como sobre los sentimientos y experiencias de la propia Ana y de sus acompañantes. Ana murió en el campo de concentración Bergen-Belsen en marzo de 1945. Su diario nunca morirá.

2 de junio de 1942.

Espero poder confiártelo todo, como aún no lo he hecho con nadie, y espero que seas para mí un gran apoyo.

28 de septiembre de 1942. (Añadido)

Hasta ahora has sido un gran apoyo para mí, y también Kitty, a quien escribo frecuentemente. Esta manera de escribir en mi diario me agrada mucho más y ahora me cuesta esperar a que llegue cada momento de sentarme a escribir en ti. ¡Estoy tan contenta de haberte traído conmigo!

Domingo, 14 de junio de 1942.

Empezaré desde el momento en que te recibí, o sea, cuando estabas en la mesa de los regalos de cumpleaños (también presencié el momento de la compra, pero eso no cuenta). El viernes 12 de junio, a las seis de la mañana ya me había despertado, lo que se comprende, pues era mi cumpleaños. Pero a esa hora todavía no me dejan levantarme, de modo que tuve que aguardar mi curiosidad hasta un cuarto para las siete. Entonces, ya no pude más: me levanté y fui al comedor, donde Moortje¹, mi gato, me recibió haciéndome cariños.

Poco después de las siete fui a saludar a papá y mamá, y de ahí al salón para abrir los regalos, donde lo primero que vi fuiste tú; quizá hayas sido uno de mis regalos más bonitos. Luego vi un ramo de rosas y dos ramas de peonías. Papá

1 Nombre en neerlandés, que significa, literalmente, «Moritso» o «Morenito».

y mamá me regalaron una blusa azul, un juego de mesa, una botella de jugo de uva (que, a mi entender, sabe un poco a vino; ¿acaso el vino no se hace con uvas?), un rompecabezas, un pote de crema, un billete de 2.50 florines y un vale para comprarme dos libros. También me regalaron el libro *Cámara oscura*, de Hildebrand (aunque, como Margot ya lo tiene, he ido a cambiarlo); una bandeja de galletas caseras hechas por mí misma (últimamente se me da muy bien eso de hacer galletas); muchos dulces, y una tarta de fresas hecha por mamá. Además, una carta de la abuela, que ha llegado justo a tiempo, pero, claro, eso ha sido casualidad.

Luego pasó a buscarme Hanneli y nos fuimos al colegio. En el recreo compartí las galletas con los profesores y alumnos, y después tuvimos que volver a clase. Llegué a casa a las cinco, pues había ido a gimnasia (aunque no me dejan participar porque se me dislocan con facilidad los brazos y las piernas) y había elegido el voléibol como juego de cumpleaños para que jugaran mis compañeras. Al llegar a casa ya me estaba esperando Sanne Lederman. Ilse Wagner, Hanneli Goslar y Jacqueline van Maarsen vinieron conmigo de la clase de gimnasia, porque son compañeras mías del colegio. Hanneli y Sanne eran antes mis mejores amigas y, cuando nos veían juntas, siempre nos decían: «Ahí van Anne, Hanne y Sanne». A Jacqueline van Maarsen la conocí hace poco en el liceo judío y ahora es mi mejor amiga. Ilse es la mejor amiga de Hanneli, y Sanne va a otro colegio, donde tiene sus amigas.

El club me ha regalado un libro precioso, *Sagas y leyendas neerlandesas*, pero, por equivocación, me han dado el segundo tomo, y por eso he cambiado otros dos libros por el primer tomo. La tía Helene me ha traído otro rompeca-

bezas, la tía Stephanie un broche muy lindo y la tía Leny un libro muy divertido: *Las vacaciones de Daisy en la montaña*. Esta mañana, cuando me estaba bañando, pensé en lo bonito que sería tener un perro como Rin Tin Tin. Yo también lo llamaría Rin Tin Tin y en el colegio siempre lo dejaría con el conserje o, cuando hiciera buen clima, en el garaje para las bicicletas.

Lunes, 15 de junio de 1942.

El domingo en la tarde festejamos mi cumpleaños. Rin Tin Tin gustó mucho a mis compañeros. Me regalaron dos broches, un punto para libros² y dos libros. Ahora quisiera contar algunas cosas sobre las clases y el colegio, comenzando por los alumnos.

Betty Bloemendaal tiene aspecto de pobre, y creo que realmente lo es. Vive en la Jan Klasenstraat, una calle al oeste de la ciudad, que ninguno de nosotros sabe dónde queda. En el colegio es muy buena alumna, pero solo porque es muy muy aplicada, pues su inteligencia va dejando que desear. Es una chica bastante tranquila.

A Jacqueline van Maarsen la consideran mi mejor amiga, pero nunca he tenido una verdadera amiga. Al principio pensé que Jacque lo sería, pero me ha decepcionado bastante. Por su parte, D. Q.³ es una chica muy nerviosa que siempre se olvida de las cosas y a la que en el colegio le dan un castigo tras otro. Es muy buena chica, sobre todo con G. Z.

2 Marcapáginas.

3 A petición de los propios interesados, sus nombres se han sustituido por iniciales escogidas al azar.

E. S. es una chica que habla tanto que termina por cansarte. Cuando te pregunta algo, siempre se pone a tocarte el cabello o los botones de la ropa. Dicen que no le caigo nada bien, pero no me importa mucho, ya que ella a mí tampoco me parece demasiado simpática. En cambio, Henny Mets es una chica alegre y divertida, aunque habla muy fuerte y, cuando juega en la calle, se nota que todavía es una niña. Es una lástima que tenga una amiga, llamada Beppy, que influye negativamente en ella, pues esta es una pesada y una grosera.

J. R., a quien podríamos dedicar capítulos enteros, es una chica presumida, conversadora, desagradable, a la que le gusta aparentar ser mayor. Siempre anda fingiendo; es una hipócrita. Se ha ganado a Jacqueline, lo que es una lástima. Lloro por cualquier cosa, es quisquillosa y, sobre todo, muy mimada. Siempre quiere que le den la razón. Es muy rica y tiene el armario lleno de vestidos preciosos, aunque, cuando los usa, la hacen ver muy mayor. Se cree que es muy guapa, pero es todo lo contrario. Ella y yo no nos soportamos para nada.

Ilse Wagner es una niña alegre y divertida, pero es muy quisquillosa y, por eso, a veces un poco latosa. Ilse me aprecia mucho. Es muy guapa, aunque también holgazana. En cuanto a Hanneli Goslar (o Lies, como la llamamos en el colegio), es una chica un poco curiosa. Por lo general, es tímida, pero en su casa es de lo más fresca. Todo lo que le cuentas se lo dice a su madre. Sin embargo, tiene opiniones muy definidas, y, sobre todo, le tengo mucho aprecio últimamente.

Nannie van Praag-Sigaar es una niña graciosa, bajita e inteligente. Me cae simpática y es bastante guapa. No hay mucho que comentar sobre ella. Luego está Eefje de Jong,

que es muy guapa. Solo tiene doce años, pero ya es toda una damisela. Me trata siempre como a una bebé. También es muy servicial, y por eso me cae muy bien.

G. Z. es la más linda del curso. Tiene una cara preciosa, pero para las cosas del colegio es bastante quedada. Creo que tendrá que repetir curso, aunque eso, naturalmente, nunca se lo he dicho. Al final, para mi gran sorpresa, G. Z. no ha tenido que repetir curso. Y la última de las doce chicas de la clase soy yo, que soy compañera de pupitre de G. Z.

Sobre los chicos hay mucho —aunque a la vez poco— que contar. Maurice Coster es uno de mis muchos admiradores, pero es un chico bastante pesado. Sallie Springer es un chico terriblemente grosero y corre el rumor de que ha perdido su virginidad. Sin embargo, me cae simpático, porque es muy divertido. Otro de ellos es Emiel Bonewit, el admirador de G. Z., aunque ella no le hace demasiado caso. Es un chico bastante aburrido.

Rob Cohen también ha estado enamorado de mí, pero ahora ya no lo soporto. Es hipócrita, mentiroso, llorón y pesado. Está loco y se da unos humos tremendos. Por su parte, Max van der Velde es hijo de unos granjeros de Medemblik, aunque es un buen tipo, como diría Margot. Herman Koozman también es un grosero, igual que Jopie de Beer, que es un donjuán y un mujeriego.

Leo Blom es el amigo del alma de Jopie de Beer, pero se le contagia su grosería. Por otro lado, está Albert de Mesquita, un chico que ha venido del Colegio Montessori y que se ha saltado un curso. Es muy inteligente. Leo Slager ha venido del mismo colegio, pero no es tan inteligente. En cuanto a Ru Stoppelmon, es un chico bajito y gracioso de Almelo, quien ha comenzado el curso más tarde.

C. N. es el que hace todo lo que está prohibido. Jacques Kocernoot está sentado con Pam detrás de nosotras (de G. Z. y de mí) y nos hace morir de risa. Por otro lado, Harry Schaap es el chico más decente de la clase y es bastante simpático. Werner Joseph también lo es, pero, por culpa de los tiempos que corren, es algo callado, por lo que parece un chico un tanto aburrido.

Sam Salomon parece uno de esos pillos arrabaleros, un granuja. (¡Otro admirador!). Por su parte, Appie Riem es bastante ortodoxo, pero otro insignificante.

Ahora debo terminar. La próxima vez tendré muchas cosas que escribir en ti, es decir, que contarte. ¡Adiós! ¡Estoy contenta de tenerte!

Sábado, 20 de junio de 1942.

Para alguien como yo, es una sensación muy extraña escribir un diario. No solo porque nunca lo he hecho, sino porque me da la sensación de que, más tarde, ni a mí ni a ninguna otra persona le interesarán las confidencias de una colegiala de trece años. Pero eso, en realidad, da igual: tengo ganas de escribir y, mucho más aún, de desahogarme y sacarme de una vez unas cuantas espinas.

«El papel es más paciente que los hombres». Me acordé de esta frase uno de esos días medio melancólicos en que estaba sentada con la cabeza apoyada entre las manos, aburrida y desganada, sin saber si salir o quedarme en casa, y, finalmente, me puse a reflexionar sin moverme de donde estaba. Sí, es cierto, el papel es paciente, pero, como no tengo intención de enseñarle nunca a nadie este cuaderno de tapas duras llamado, pomposamente, *diario* —a no ser

que alguna vez en mi vida tenga un amigo o una amiga que se convierta en el amigo o la amiga «del alma»—, lo más probable es que a nadie le interese.

He llegado al punto en el que nace toda esta idea de escribir un diario: no tengo ninguna amiga. Para ser más clara, tendré que añadir una explicación, porque nadie entenderá cómo una chica de trece años puede estar sola en el mundo. Es que tampoco es tan así. Tengo unos padres muy buenos y una hermana de dieciséis, y tengo como treinta amigas en total (entre buenas y no tan buenas). Tengo un montón de admiradores que tratan de que nuestras miradas se crucen o que, cuando no hay otra posibilidad, intentan mirarme durante la clase a través de un espejito roto. Tengo a mis parientes, a mis tías —que son muy buenas— y un buen hogar.

Al parecer, no me falta nada, salvo la amiga «del alma». Con las chicas que conozco, lo único que puedo hacer es divertirme y pasarla bien. Nunca hablamos de otras cosas que no sean las cotidianas, nunca llegamos a hablar de cosas íntimas. Y ahí está, justamente, el embrollo de la cuestión. Tal vez la falta de confidencialidad sea culpa mía. El asunto es que las cosas son como son y, lamentablemente, no se pueden cambiar. De ahí este diario.

Para realzar aún más en mi fantasía la idea de la amiga tan anhelada, no quisiera apuntar en este diario los hechos sin más, como hace todo el mundo, sino que haré que el propio diario sea esa amiga. Y esa amiga se llamará Kitty, ¡mi historia! (¡cómo podría ser tan tonta de olvidármela!). Como nadie entendería nada de lo que fuera a contarle a Kitty si lo hiciera así, sin ninguna introducción, tendré que relatar, de forma breve, la historia de mi vida, por poco que me plazca hacerlo.

Mi padre, el más bueno de todos los padres que he conocido en mi vida, no se casó hasta los treinta y seis años con mi madre, que tenía veinticinco. Mi hermana Margot nació en 1926 en Alemania, en Fráncfort del Meno. El 12 de junio de 1929 le seguí yo. Viví en Fráncfort hasta los cuatro años. Como somos judíos «de pura cepa», mi padre se vino a Holanda en 1933, donde fue nombrado director de Opekta, una compañía holandesa que se dedicaba a la preparación de mermeladas. Mi madre, Edith Holländer, también vino a Holanda en septiembre, y Margot y yo fuimos a Aquisgrán, donde vivía mi abuela. Margot vino a Holanda en diciembre y yo en febrero, cuando me pusieron encima de la mesa como regalo de cumpleaños para Margot.

Pronto empecé a ir al jardín de infancia del Colegio Montessori y allí estuve hasta cumplir los seis años. Luego pasé al primer curso de la escuela primaria. En sexto tuve como directora a la señora Kuperus. Nos emocionamos mucho al despedirnos a fin de curso y lloramos las dos porque yo había sido admitida en el liceo judío, al que también iba Margot.

Nuestras vidas transcurrían con cierta agitación, ya que el resto de la familia, que se había quedado en Alemania, seguía siendo víctima de las medidas antijudías decretadas por Hitler. Tras los pogromos de 1938, mis dos tíos maternos huyeron y llegaron sanos y salvos a Norteamérica, mientras que mi pobre abuela, que ya tenía setenta y tres años, se vino a vivir con nosotros.

Después de mayo de 1940, los buenos tiempos quedaron, definitivamente, atrás. Primero la guerra, luego la capitulación y la invasión alemana...; así comenzaron las desgracias para nosotros, los judíos. Las medidas antijudías se suce-

dieron muy rápido y se nos privó de muchas libertades. Los judíos deben llevar una estrella de David, deben entregar sus bicicletas, no les está permitido viajar en tranvía, no les está permitido viajar en coche y tampoco en coches particulares. Los judíos solo pueden hacer la compra desde las tres hasta las cinco de la tarde, solo pueden ir a una peluquería judía, no pueden salir a la calle desde las ocho de la noche hasta las seis de la madrugada. Tampoco les está permitida la entrada en los teatros, cines y otros lugares de esparcimiento público; no les está permitida la entrada en las piscinas ni en las pistas de tenis, de *hockey* ni de ningún otro deporte; no les está permitido practicar remo; no les está permitido practicar ningún deporte en público; no les está permitido estar sentados en sus jardines después de las ocho de la noche —tampoco en los jardines de sus amigos—. Los judíos no pueden entrar en casa de cristianos, tienen que ir a colegios judíos y otras cosas por el estilo. Así transcurrían nuestros días: que si esto no lo podíamos hacer, que si lo otro tampoco... Jacques Kocernoot siempre me dice: «Ya no me atrevo a hacer nada porque tengo miedo de que esté prohibido».

En el verano de 1941, la abuela enfermó gravemente y tuvieron que operarla. Mi cumpleaños apenas lo festejamos. El del verano de 1940 tampoco porque hacía poco que había acabado la guerra en Holanda. La abuela murió en enero de 1942. Nadie sabe lo mucho que pienso en ella y cuánto la sigo queriendo. Este cumpleaños de 1942 lo hemos festejado para compensar los anteriores, y también tuvimos encendida la vela de la abuela.

Nosotros cuatro todavía estamos bien. Y así hemos llegado al día de hoy, 20 de junio de 1942, fecha en que estreno mi diario con toda solemnidad.